

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



PRECIOS.

	Un mes.....	8 rs.
	Tres.....	23 »
	Seis.....	44 »
	Un año.....	82 »
	Un mes.....	10 »
	Tres.....	27 »
	Seis.....	52 »
	Un año.....	100 »
En Madrid.....		
En provincias.....		
Ultramar y extranjero.....		8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,
AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

El juramento de Castro, por D. Julian Castellanos.—*Consejos de una madre*, poesía, por Doña Antonia Orts.—*El corazón y la caleza*, por D. Jacinto García Pérez.—*Abril*, soneto, por Doña Faustina Saez de Melgar.—*Por ser romántica*, novela, por doña Rogelia Leon.—*A una fuente*, poesía, por D. Vicente R. Jordan.—*Revista de teatros*, por D. Leandro A. Herrero.—*Un eco*, poesía, por D. Joaquín Tomeo y Benedicto.—*Modas, correo de señoritas*, por Doña Joaquina de Carnicero.—*Esplicacion del figurin*.—*Variedades*.
Pliego catorce de 16 páginas de *Cárlos y Elvira*, novela original de D. Enrique Domenech.

EL JURAMENTO DE CASTRO.

I.

Era la noche del 22 de Marzo de 1369.

La luna, acompañada de una inmensa cohorte de estrellas, mostraba en el azul oscuro del cielo su fulgor diamantino, de esa manera peculiar de las noches de invierno.

Un vientecillo helado y cortante arrastraba sus

alas por las estensas y áridas campiñas de Montiel, silvando entre las blancas tiendas de un campamento, que circua un castillo, cuya imponente mole se dibuja entre las sombras, como la silueta de un fantasma gigante.

Aquel campamento es el del ejército de D. Enrique de Trastámara, hijo bastardo de Alfonso XI, quien después de haber vencido á su hermano don Pedro, en Nájera, cerca ahora el castillo de la Estrella á donde éste se acogiera, después de la batalla, con unos cuantos de sus mejores caballeros.

El silencio más profundo reinaba en el campo, interrumpido sólo por el alerta del centinela, cuando una luz brilló en la puerta de una tienda, que por su aspecto dejaba conocer que pertenecía á uno de los más distinguidos caballeros de la hueste.

Apenas la luz dejóse ver, cuando otra igual brilló en uno de los adarves del castillo.

Aquello era una señal, y había sido contestada.

Poco después cuatro caballeros cuidadosamente cubiertos con los embozos, repasaron la trinchera de piedra que defendía el campamento, llegando á la puerta de la tienda donde brillaba la luz.

Aquellas cuatro personas eran el rey D. Pedro y los caballeros Men Rodríguez de Sanabria, D. Fernando de Castro y D. Diego González de Oviedo.

—Penetremos, señor, dijo uno de los recién venidos; el francés, accediendo en un todo á mi propuesta, nos estará esperando y dentro de poco nos veremos fuera de este círculo de acero que nos ahoga.

—Así sea, Men Rodríguez, respondió el rey y con paso receloso penetró en el interior de la tienda.

La luz espirante de una lámpara de hierro alumbraba solo aquella estancia, que contra lo que creían los recién llegados se encontraba desierta.

Don Pedro paseó un momento su mirada de aguija por aquel estrecho recinto, y su recelo y su desconfianza aumentaron más y más.

—No os impacientéis, señor, dijo el de Castro, conociendo la lucha que devoraba el corazón del rey; Duguesclin es el más cumplido caballero de Francia, y su palabra de honor es para mí una prenda segura. Él, aceptando las promesas que en vuestro nombre le hizo Sanabria, ofreció, bajo su fe de caballero, conducirnos con seguridad fuera de los reales de vuestro rebelde hermano, y estad señor seguro que su oferta se cumplirá: un caballero tan hazañoso y tan leal como Duguesclin, no puede ser traidor.

—Dios quiera que no te engañe esa escasa confianza, D. Fernando, replicó el rey, empezando á medir con pasos lentos la estancia, presa su alma de una ansiedad creciente.

Poco después, no pudiendo contener su impaciencia, volvióse á los que le acompañaban, diciendo:

—Partamos, señores; encerrémonos en Montiel y muramos como buenos entre sus escombros; mi corazón me dice que el dolo anida en este sitio; y sin perder tiempo se dirigió á la puerta de la tienda.

—¡Atrás! exclamó con voz de trueno Olivier de Manny, cerrando la salida con un grupo de balles-teros.

—¡Traidores! contestó D. Pedro, disponiéndose á caer sobre quien se oponía á su paso; pero al ir á ejecutar su acción, apareció en la puerta D. Enrique armado de todas armas y seguido de los mejores caballeros de su hueste.

Lo que pasó en aquel momento por el alma de D. Pedro es imposible describirlo.

Un mundo de despecho y de ira acudió á su corazón al verse desarmado y casi solo, delante de aquel rival á quien odiaba con toda su alma.

—*Mantengavos Dios, señor hermano*, exclamó con tono intencionado el bastardo, dirigiéndose á don Pedro.

—¡Ah! ¡traidor! ¿aquí estais? replicó éste dejando ver en su mirada un relámpago de cólera.

—Si, aquí estoy para tu mal, contestó D. Enrique desnudando su daga en ademán de acometerle.

Pero D. Pedro, aunque se encontraba sin armas, ciego de despecho, se lanzó sobre él, y una lucha terrible trabóse brazo á brazo entre los dos hermanos, que asidos el uno al otro, vinieron á tierra.

D. Pedro, como de más brio, quedó encima, hubiera indudablemente acabado con el bastardo si Duguesclin no le prestara ayuda, diciéndole al darle la vuelta, *ni quito ni pongo rey, pero sirvo á mi señor*.

Entonces D. Enrique hundió su daga en el corazón de D. Pedro, á quien no pudieron defender los que le acompañaban, porque al intentarlo se vieron abrumados y sujetos por los soldados del bastardo.

¡Castilla por D. Enrique! gritaron con voz atonadora sus parciales al ver el resultado de la lucha, y ese mismo grito asordó el viento repetido por todos los labios.

—Yo vengaré tu muerte, rey D. Pedro, exclamó con voz apagada por el despecho D. Fernando de Castro, clavando su mirada arrasado en llanto en el cadáver tibio aún de su señor.

El legítimo rey de Castilla había caído, merced á la traición, bajo el acero fratricida de un bastardo, que por este medio ciñó á su frente, con las manos tintas aun de sangre egregia, la corona de los Alfonsos y de los Fernandos.

Triste y desgarrador espectáculo ver el cadáver de un monarca legítimo, servir de escabel para que un fratricida escalase el trono de los godos.

II.

Cuando el genio terrible de la guerra civil tiende por mucho tiempo su ensangrentado manto sobre una nación, llenándola de estragos y de horrores, los pueblos, por muy altivos, por muy belicosos que sean, llegan á fatigarse de tal manera que les es indiferente el triunfo de una ó de otra parcialidad, sedientos solo de quietud y de reposo.

Esta es la razón por qué vemos en la historia repetidos ejemplos de la alegría con que, tanto en los tiempos antiguos como en los modernos, acogen los pueblos el desenlace de esas crisis sangrientas y trabajosas.

Castilla, la noble y leal Castilla, inclinó su cabeza bajo el cetro del bastardo, contenta con su suerte, cansada ya de cerca de veinte años de revueltas y combates.

Don Enrique, instalado en el trono, después de rendir las pocas ciudades que sostuvieron la causa del monarca legítimo, trató, á fuerza de generosidad y de establecer en el reino buenas y sabias leyes, borrar de la memoria de sus súbditos lo bastardo de su origen, y la manera criminal con que se ciñó la corona.

III.

Diez años habian trascurrido desde la catástrofe de Montiel; diez años que, ocupando Don Enrique la egregia silla, en paz ya con cuantos quisieron disputársela, habian borrado de su memoria el recuerdo de Don Pedro, muerto bajo su puñal en la tienda del caudillo breton.

El reposo y la calma habian reemplazado en su conciencia á la fatiga y el remordimiento que deja el crimen.

Con sus buenas leyes y sus liberalidades, que le valieron el sobrenombre de *El de las mercedes*, creia tener muertos á los partidarios de su hermano.

Pero el hijo de la concubina de Alfonso XI se engañaba.

Don Pedro, á pesar de sus grandes defectos, tuvo la fortuna que no suelen tener muchos reyes después de muertos, el que le sobrevivieran vasallos tan leales que, guardando en su pecho un odio eterno é inextinguible á su asesino, esperasen años y años una ocasion oportuna de vengar su memoria.

D. Fernando de Castro, preso en el acto de morir Don Pedro, hizo, como ya sabemos, juramento de tomar cumplida venganza de la alevé traicion que arrancara la vida á su soberano.

Fijo siempre en este pensamiento, huyó del campo del bastardo en cuanto le fué posible, y acogiéndose al rey de Portugal, empezó á hacer la guerra al castellano del modo más sangriento que pudo.

Incansable en su propósito, su brazo y su espada hallábase siempre al servicio de quien alzase bandera en contra del asesino de su señor. Pero las paces hechas por Don Enrique con los monarcas de Portugal, Aragon y Navarra, cerraron la puerta á su esperanza, y no abatido aún con este revés de la fortuna, antes cada día más fijo en su idea, acogiéndose á la corte de Mohammed de Granada, que fué siempre amigo y aliado de Don Pedro.

Recibió el árabe con gran deferencia al de Castro y sus parciales, tanto por ser una persona de valía y reconocido brío, cuanto porque, presumiendo que Don Enrique le declaraba la guerra, deseoso de vengar en él el daño que le hiciera ayudando siempre á su difunto hermano, queria poner frente al bastardo el mayor número posible de combatientes.

No tardó mucho en convenirse Mohammed de lo acertado de sus juicios, pues por conducto de Castro tuvo conocimiento del plan de campaña que contra él disponia el de Castilla.

Pensaba Don Enrique, encontrándose en paz, como se encontraba con los monarcas vecinos, cojer con una numerosa flota el Estrecho para emprender la comunicacion con África, y hecho esto, romper por las fronteras granadinas con su ejército dividido en tres cuerpos, llevando á sangre y fuego cuanto encontrase á su paso.

Este plan llevado á cabo, era, puede decirse, de seguro, la muerte de aquel eminarato, centro principal, y casi único baluarte del islamismo en España.

Así lo comprendió el Emir, y comunicando sus temores á Castro, este, que no respiraba sino odio y venganza contra el de Castilla, convencido ya de la imposibilidad de vencerle en buena lid, se decidió á emplear el dolo, y aconsejó á Mohammed que mandase cerca de Don Enrique un hombre de su confianza, el cual, fingiéndose su amigo, procurase ganar á cualquier precio la amistad del castellano, para cuando esto hubiera sucedido poder darle muerte á traicion y bajo seguro.

Accedió el Emir á lo que el de Castro le proponia, y confió la ejecucion del plan á uno de sus más decididos parciales, el cual salió de Granada resuelto á cumplir ciegamente las órdenes de su señor.

IV.

Hallábase Don Enrique en Santo Domingo de la Calzada celebrando vistas con el monarca navarro, cuando se le presentó un Jeke árabe, diciéndole que, desabrido con su dueño el Emir de Granada, venia á implorar su amparo, resuelto á servir en su hueste con los deudos y parciales que le seguian.

Esta peticion, acompañada de un rico presente, del cual formaban parte unos borceguíes de brocado magníficamente bordados de perlas, regalo verdaderamente regio, fué de tal manera del agrado de Don

Enrique, que accedió gustoso á lo que el árabe pretendía.

Pensando como pensaba llevar pronto sus armas contra el de Granada, los consejos de aquel hombre conocedor del terreno y de las costumbres del enemigo con quien había de medirse, podían servirle de mucho.

Así lo conoció el rey y desde luego empezó á tratar con una predilección marcada al recién venido Jeke, y como para hacerle ver el alto aprecio en que le tenía, calzose desde luego los ricos borceguies que le regalára.

Terminados los tratos con Carlos de Navarra, partió este monarca para sus reinos y á los pocos días sintióse Don Enrique acometido de una dolencia extraña que le obligó á caer en el lecho.

Agrabóse el mal por momentos, de tal manera, que los médicos vieron con sorpresa, que á pesar de todos sus esfuerzos la vida del rey se apagaba con tanta rapidez como la luz de una lámpara falta de aceite.

En la noche del 29 al 30 de mayo de 1379, que era la décima de la enfermedad, el monarca, rindió su alma á Dios á los diez años de haberse abierto con un fratricidio el camino del trono.

La causa de su muerte atribuyóse á los borceguies que le regalára el Jeke granadino, el cual había desaparecido en el momento que el rey se sintió enfermo.

Y así era la verdad; los borceguies estaban impregnados de un sutilísimo veneno que empezó á obrar desde el punto que el monarca se los calzó.

El Emir de Granada había parado el golpe. D. Fernando de Castro, autor del proyecto en cuyas redes se vió cojido D. Enrique, había cumplido su juramento.

El asesinato de Montiel estaba vengado.

JULIAN CASTELLANOS.

CONSEJOS DE UNA MADRE.

Dedicado á mi querida tía doña Mariquita Murlanch.

De tu madre, niña mía
Escucha el consejo atenta
Que su amor nos le presenta
Como un faro que nos guía.

Y comprende hija querida,
Que de una madre el consejo,

Jamás aparece xiejo,
En la historia de la vida.

Hoy te creo venturosa,
Rodeada de placeres,
Y entre todas las mujeres
Me pareces más hermosa.

Luego cruzará tu frente,
Una nube de tristeza,
Y al inclinar la cabeza,
Verás lo que el alma siente.

Palpitar con violencia,
Sentirás tu corazón,
Y arrancarte la ilusión,
Del sueño de tu inocencia.

Porque hija mía, en tus años,
En esa edad de las flores,
Si soñamos con amores,
No vemos los desengaños.

Se presenta á nuestros ojos
El amor, cual flor lozana,
Y al recordarlo mañana,
La vemos llena de abrojos.

Entonces el corazón
De amor la herida nos muestra,
Y llanto solo nos resta,
De aquella hermosa ilusión.

Pero jamás, hija mía,
Te abandone la esperanza,
Que con la fe y la constancia
Serás feliz algún día.

Y si buscas con anhelo,
Otro ser digno de ti,
Y no lo hallases aquí,
Dirige tu vista al cielo.

Porque allí, el placer convida,
Y al son de dulces cantares,
Se adormecen los pesares
De esta borrascosa vida.

ANTONIA ORTS.

Pravia, y Marzo 11, 1865.

EL CORAZON Y LA CABEZA.

Hé aquí dos palabras que sintetizan esa lucha inmensa, grande, destructora, que la humanidad viene sosteniendo consigo misma en todos los tiempos y en todos los espacios.

El corazón, el órgano del sentimiento.

La cabeza, el órgano de la razón.

El corazón, la expresión de todos los sentimientos tiernos y bellos por medio de la poesía, es siempre el origen de todas las virtudes y de todas las acciones grandes y sublimes.

Cuando se tiene un alma creyente, espiritual, que sabe producir lo bello, es fácil, facilísimo, se desarrolle en ella uno de esos sentimientos puros, inmensos, sobrenaturales.

Un sentimiento descendido del cielo.

Sentimiento que no puede desarrollarse sino en el corazón de uno de esos soñadores á quienes el mundo llama *artistas*, porque el arte no es más que una manifestación perenne de la poesía, ó lo que es lo mismo del sentimiento, ya se llame al poeta por su manera de expresión, escultor, pintor, arquitecto, escritor ó músico.

Y aun hay muchos que pueden llamarse poetas, aunque no sepan trasladar á la piedra, ó al lienzo, ó al papel las manifestaciones de su poesía; pero basta para serlo, que sientan la belleza dentro de sus corazones.

Por consecuencia, todo el que de esta manera siente, ama lo bello.

Pero no confundamos lo falsamente bello, la belleza de la forma, con la belleza del espíritu.

No nos dejemos arrastrar por una materialidad tentadora.

Los poetas se engañan con facilidad:

Prestan á lo que les parece bello, la belleza de su alma.

Les repugna lo prosaico, lo vulgar, huyen de ello, y á poco que les sea simpática la fisonomía, la mirada ó la palabra de un hombre ó de una mujer, sueñan en el hombre el poema de la amistad y en la mujer el poema del amor.

Y como no puede existir un poeta que no esté dado al culto de lo bello, de lo grande, de lo sublime, ya presente al mundo las manifestaciones de ese culto, ya solo le levante un altar en el fondo de su corazón, si su alma se vicia pretendiendo encontrar lo verdadero en lo falso, como tiene una necesidad vital del goce de la belleza y de la bondad, y va despertándose sucesivamente de uno y otro sueño, de una y otra ilusión, por uno y otro desengaño, de aquí, que cuanto más poeta sea un ser, tanto más será un ser extraño para los otros seres, que viven en el reducido círculo de la realidad, de lo positivo, de lo tangible.

De aquí Dante, el Tasso, Camoens y Byron, de aquí esos grandes sufrimientos que han pasado dejando señalada su huella con un profundo surco de dolor y de lágrimas en la historia del corazón humano.

Pero en el alma de todo el que así siente se encierran grandes virtudes, de aquí una felicidad en el dolor que ninguno de ellos querría trocar indudablemente, por esa falsa felicidad que los demás creen realizar.

En este instante nos parece ver á algunos de esos que se llaman sabios, que frunce el entrecejo y nos califica de locos.

Lo comprendemos, pero debemos decir, que no escribimos para esa clase de gente, que solo vé en el hombre un ser de la creación, cuyo destino es puramente fatal.

El que ha llegado á ser completamente sabio, es decir, el que todo lo mira á través del prisma horrible de la razón, que todo lo presenta bajo la forma material, relativa y perecedera; el que nada ve á través del velo de la fe; el que nada cree más que lo que por la ciencia se explica de una manera tangible, no puede ser otra cosa que un ser vacío de sentimientos nobles y puros; no puede sentir los padecimientos de los demás, porque solo ve en ellos consecuencias, como vé las consecuencias del tiempo y de las influencias atmosféricas en la flor que se marchita, en el arroyo que se seca, en el insecto que perece á la llegada del invierno: para esos sabios el alma humana, el pensamiento, no son más que la actividad de una materia organizada á propósito: la humanidad para ellos no es más que un género, un objeto de observación y de estudio; para ellos Dios no es otra cosa que un principio mudo, subordinado á leyes inmutables, sin acción pensante, sin libertad, sin otro poder que el que le dan las leyes á que está subordinado el universo.

Para estos sabios la única verdad es la ciencia, y el fin de la ciencia, ese positivismo material que se llama dinero.

El dinero, el gran agente de todo lo malo.

Verdad que también puede hacer el bien; pero raras veces.

El dinero representa la satisfacción de todas las necesidades, de todos los vicios.

Es la gran palanca de la razón, como le llama cierto escritor extranjero, y el rey del mundo, según lo define otro escritor español.

Es el medio para llegar á todas las virtudes ó á todos los crímenes.

Es el mejor, ó más bien, el único medio de alcanzar la independencia y la fuerza.

Ese espíritu del mal, acuñado, reluciente, sonoro, que todo lo escarnece, que todo lo mancha, que todo lo corroe, que se niega al trabajo honrado, y que enriquece á la infamia dorada, al crimen en grande escala.

En el fondo de todas las operaciones humanas reluce la moneda, porque hoy la generalidad cree que todo se compra y se vende.

Quizás tengan razón los que tal creen; pero indudablemente lo que no se comprará ni se venderá nunca, es el sentimiento.

Y si no, que pruebe cualquiera de esos sábios á comprar el corazón de una mujer que por él sienta una verdadera antipatía.

Podrá comprar su cuerpo, su cabeza, pero nunca su corazón, sus sentimientos.

Y ya que de la mujer hablamos, deberemos confesar que la mayor parte son mártires de su corazón y de sus sentimientos.

La mujer hoy, vive casi despreciada y envuelta en la más completa indiferencia.

El tanto por ciento, última síntesis de nuestra tan decantada civilización, las vence.

La mujer, por lo general, es apasionada, impresionable, espiritual, poética.

Sueña, y ama su sueño.

Como su alma no tiene medios de expansión, los busca en los amigos de la humanidad, en los poetas.

Sobre las páginas insensibles, pero conmovedoras, de un libro, llora la mujer en silencio y en secreto, formando su alma en la poesía.

Hoy todas leen, desde la altiva y aristocrática dama, hasta la pobre costurera que trabaja todo el día para ganar el necesario sustento: todas necesitan de ese amigo íntimo que no puede contar á nadie las ondulaciones de su alma, el libro: todas pasan una parte de la noche, las unas en el fondo de admirables gabinetes, al calor de chimeneas donde se queman maderas olorosas; las otras, en un espacio lóbrego, helado, á la luz de una bujía, leyendo un libro, recitando con voz conmovida los versos de una balada, sonriendo de consuelo al contemplar al amigo que las acompaña, al poeta que viene á consolar con los raudales de su inspiración sus dolores y sus amarguras.

Y todas, la aristócrata y la hija del pueblo, la rica y la trabajadora, la inocente y la que no lo es, guardan en el fondo de su alma un tesoro de poesía, de sentimiento, de amor: tesoro que rara vez se desentierra, que casi siempre muere con ellas, porque ese tesoro no se cotiza en la Bolsa, ni se puede imponer en la Caja de Depósitos.

JACINTO GARCÍA PÉREZ.

ABRIL.

SONETO.

Hace un año, cual hoy fiel mensajero
De la estación hermosa de las flores,
Llegaste con bellísimos colores
Que ostentabas feliz y placentero.

Hoy vuelves con el céfiro ligero
Por la vega gentil cantando amores,
Disipando del alma los dolores
Que el aquilón causó sañudo y fiero.

¡Muy bien venido, precursor gracioso
¡De la risueña y pura primavera!
¡Más nos dejas, Abril, tan presuroso!!
Es tan breve tu cándida carrera!

Adios, hasta que vuelvas tan radiante
Con tu apacible brisa murmurante.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

POR SER ROMÁNTICA.

(Conclusion.)

Ella no comprendía el espiritualismo sin que las formas acompañasen al sentimiento; así como no comprenderíamos la frescura y belleza de un agua cristalina, ofreciéndonosla en un vaso de basta porcelana.

Preferiríamos quizás el agua salobre de un pozo, con tal de que nos la diesen en una copa de limpio cristal ó de blanca plata.

Pero, ¡ay del día que llegásemos á comprender que habíamos dejado un licor puro por tomar un dañino brebaje!

Aquella noche miró Elena el horizonte azul tachonado de estrellas, y no envió una oración ni un recuerdo al pobre Julio, que habría abandonado ya

el hogar paterno, y se habría arrancado de los brazos de su madre para lanzarse á la muerte.

¿Quién le defendería de las balas? ¿Quién lloraría por él? ¡Tenía una madre! ¡Ella! ¡Ella solo rogaría por él!

¡¡¡ERA MI TIPO!!!

III.

¡Veinte años se pasaron! ¡Veinte años son hoy una eternidad! En veinte años se nace, se sufre, se goza y se envejece; porque cada uno de ellos trae un desengaño, una amargura al corazón, un desencanto terrible.

Cada día se suprime un año á la infancia, y ha de llegar tiempo en que acaso desaparezca del todo.

En que al nacer el hombre, se encuentre con una frente llena de arrugas, ó unas canas concebidas en el seno maternal.

Quizá llegue vez en que el tedio de los padres se imprima en la frente del hijo, y que, en vez de sonreír á la luz del día, el recién nacido, manifieste el hastío de una vida que le pesa al nacer, que quiere dejar antes de gozarla.

¡Oh, cuánto deben las madres trabajar para enseñar á los hijos á amar esa vida, como don del cielo, que nos manda á este valle de infortunio, para subir purificados y limpios de culpa al trono divino de Dios!

Elena había envejecido en esos veinte años, sin encontrar el tipo que había buscado con tanto afán.

Cuando perdió la esperanza, fué su amargura tan terrible, que casi se vió convertida en desesperación.

Entonces recordó que había habido un hombre en el mundo que la había amado hasta el delirio, y á quien ella había pagado del modo más cruel.

Los remordimientos se despertaron en ella, y más que los remordimientos la terrible idea de morir, con todo el tesoro de sus amores, sin tener un ser á quien legarlo, ni una mano amiga, ni unos ojos amantes que fuesen á derramar lágrimas en su tumba.

Ella veía muchas mujeres felices, unidas á hombres, que sin ser un prodigio de elegancia ni hermosura, sostenían la dicha en su hogar, y sonreían á sus mujeres, que orgullosas les presentaban sus hijos, como un nuevo lazo á sus sentidos amores.

Una de sus amigas, la bellísima Celia, tenía un

marido más vulgar y grueso que aquel hermoso Julio á quien tanto había atormentado con sus desprecios, y era feliz con él, y le adoraba, y vivía tan pegada y unida á su esposo, como la yedra al olmo, como la agalla al ciprés.

¡Qué tarde había conocido su error!

Y para más tormento, el nombre de Julio llegó muchas veces á sus oídos en alas de la fama.

Porque el novel poeta, había llegado á ser en pocos años un famoso escritor, un orador profundo, un diplomático consumado.

Y había adquirido un puesto brillante.

Y había visitado varios países agregado á las más distinguidas embajadas.

Y si no había sido más, es porque amaba demasiado su lira, y su libertad, y sus libros, y la rica y hermosa naturaleza, para sujetarse á la racionadora y fría política, ó á la fiebre y el delirio de las revoluciones.

El alma tierna de Julio, siempre era poética y delicada, siempre amante y sensible.

¡Elena no le había sabido comprender! ¡Elena se había perdido!

¡Cuántas lágrimas suele costar un desden!

¡Cuánto infortunio la inesperienza!

Aquella joven que en su juventud y lozanía había arrojado con desprecio las cartas de su amante en el más oscuro rincón de un armario, ahora pasaba noches enteras revisándolas y derramando abundantes lágrimas sobre el papel.

Ahora comprendía el valor de aquellos conceptos bellísimos, la sensibilidad de un alma superior: los delicados amores del niño, y los gemidos que le hiciera lanzar su ingratitud.

¡Cuántas veces leía llorando las últimas estrofas que le dirigió!

— ¡Oh!... ¡Si Julio volviese á su país! se decía con estremecimiento y esperanza. ¡Si supiese mi dolor!... ¡Si viese mi arrepentimiento!... ¡Si yo le dijese que le amaba!... ¡Él!... ¡él es generoso y me perdonaría!... ¡Me amaba tanto! ¡Tanto!...

Pobre Elena. Adoptaba esa idea, como refugio de su error, como asilo á la soledad de su alma.

¡Ay! no sabía la infeliz que los amores tienen alas.

Que el hombre deprimido y aprisionado por un amor ciego, cuando llega á recobrar su libertad, es como el ruiseñor á quien han encarcelado inhumanamente, hasta que llega el día en que su carcelero deja las puertas abiertas.

Entonces recorre los espacios, y huye, y huye de la dorada jaula donde tanto sufrió.

Y aún le parece pequeño el horizonte para liberarse de aquel encierro fatal.

Pronto vería Elena el desengaño.

Julio volvió á su país. La noche de su vuelta, le obsequiaron sus amigos con una famosa serenata. Había sido nombrado diputado por la provincia, y á más de los afectos que allí tenía, por sus bellas condiciones y talento, la voz de la adulación que siempre sigue al que se encumbra, hizo que su venida alborotase, y que fuese el hombre á la moda por espacio de muchos días.

Queriendo recompensar tantos obsequios, quiso dar un baile de etiqueta, al que por medio de elegantísimos billetes, se convidó lo más escogido de la sociedad.

¿Sería de intento el convidar á los padres de Elena?

Acaso no; porque Julio era generoso y bueno.

Julio había subido al poder sin envanecerse.

Y cuando volvió á su hogar jugó con sus pájaros, con sus gatos, y su leal perro, como lo hacía de niño, solo que ahora, al acariciarles, se arrasaban sus ojos en lágrimas.

¡Qué feliz era la madre de Julio! ¡Qué orgulloso estaba del hijo de su corazón! ¡Y qué famoso aderezo la había regalado! ¡Una niña parecía la buena señora la noche del baile!

Los salones estaban llenos de convidados.

Elena llegó. ¡Pobre Elena! ¿Quién había de decir que aquella mujer marchita á los treinta y cinco años, era la joven lozana y hermosa que Julio había conocido en su niñez!

¡Mucho procuró adornarse la infeliz! ¡Cuánto hizo porque su traje sobresaliese de los demás! pero... ¿de qué sirve el traje, cuando ha desaparecido la alegría y la juventud?

Si Elena hubiese amado á Julio, aún sería joven y hermosa como lo era él.

¡Oh! la belleza varonil de aquel hombre, arrebatada.

Frente espaciosa, ojos rasgados, pálidas mejillas, esbelto talle, mirada radiante, ademanes distinguidos....

¡Oh! ¿quién diría que aquel arrogante tipo era el niño pálido y lozano que Elena conoció en otro tiempo?

¡Oh debilidad humana!

¡Oh romanticismo infausto!

Si desde la niñez había Julio revelado lo grande de su alma, lo sublime de su inspiración; ¿por qué lo desechó Elena? ¿Por qué no supo comprenderle y amarle?

Porque la felicidad juega con el porvenir.

Porque la dicha se presenta siempre cuando no hay razón suficiente para encadenarla.

Y porque es destino de la mujer llorar un amor perdido, y adoptar una existencia negativa y cruel, cuando pudo acaso encontrar un paraíso.

¡Pobre Elena! ¡cuánto sufrió aquella noche!

¡Qué hermosas eran todas las mujeres que allí había!

¡Y qué galante era Julio con las hermosas!...

¡Y ella! ¡ella!... ¡estaba marchita, deshojada! ¡No la reconoció siquiera!... ¡La había olvidado!...

¡El estaba hermoso y elegante, y ella era una rosa destrozada por el huracán!... Se habían cambiado los tipos.

¡Elena vió bailar á su amante con una niña hechicera! ¡Con qué elegancia sostenía aquella delicada cintura!

¡Como inclinaba la frente, sobre aquella frente juvenil! ¡Qué hermosa era la palidez de su semblante!

Elena se retorció las manos simuladamente: destrozó su pañuelo de batista, deshojó su ramillete, é hirió sus labios, por la convulsión con que sus blancos dientes luchaban por enclavijarse y unirse, en medio de grandes estremecimientos.

Casi la condujeron desmayada á su carruaje, al propio tiempo que el célebre diputado, salía en la diligencia para Madrid, donde iba á adquirir nuevos triunfos, acompañado de su buena madre, que le decía sin cesar: ¡bendito seas!

Mientras otra mujer exclamaba dolorida, en un rincón de su sombría estancia: ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Ese hombre era mi tipo!...

ROGELIA LEON.

Á UNA FUENTE.

Mansa fuente cristalina
Cuya sonora corriente
Resbala por la colina
Dulcemente.

¿Por qué te ostentas ufana?
¿Por qué en ti posó ardorosa
Sus labios de filigrana

Betty hermosa?

¿Y tus aguas por beberlas
Hasta tus linfas se aboca
Y al humedecer las perlas

De su boca,

En tu cristal diamantino,
Por un capricho agraciado,
Quedó su rostro divino

Retratado?

Pues considera en tu orgullo
Que tu dicha es del momento,
Mientras me duermo al arrullo

Del contento.

Que su copia seductora,
Maravilla de este mundo
Solo tu seno atesora

Un segundo,

Y mi alma, de esa estrella
Tan ideal como esquivia
Guardará la imagen bella

Mientras viva.

VICENTE R. JORDAN.

REVISTA DE TEATROS.

ALBUM DE LA VIOLETA.

Debut de la señorita Patti.—*Sonámbula*.—*El barbero de Sevilla*.—*La oveja descarriada*, comedia en tres actos y en verso, original de D. Narciso Serra.—Estrenos en Novedades.—Liceo Piquer.

Cumpliendo con lo ofrecido en la semana anterior á nuestras bellas y simpáticas lectoras, vamos á ocuparnos en la presente del acontecimiento teatral más importante de toda la temporada, cual es la segunda aparición en el régio coliseo de una joven encantadora, sublime, prodigiosa, portento del arte y admiración constante de todo el mundo, en una palabra, de la señorita Adelina Patti. Mas antes de hacer reseña de las delicadas impresiones que en nosotros produjo el oír cantar á tan notable artista primero *La Sonámbula* y después *El barbero de Sevilla*, nos permitiremos hacer aquí algunas considera-

ciones, efecto de la admiración que nos causan los verdaderos genios, que como el de que nos ocupamos, se elevan á la altura de las divinidades fabulosas.

Todos los cantantes, al principio de su carrera, han tenido que luchar con mil dificultades y contratiempos, ya en su educación musical, ya en sus primeros ensayos teatrales, ya porque los maestros encargados de su dirección no han sabido iniciarlos en el verdadero camino de la reputación y de la gloria; así es que la mayor parte han llegado á obtener un lugar distinguido á fuerza de tiempo y penalidades. Pues bien, Adelina Patti ha empezado por donde todos concluyen, es decir, por ser una artista de primer orden; colocándose como por encanto á una altura á que ninguna otra ha llegado. Es un verdadero genio y un prodigio de la naturaleza, porque de otro modo no se comprende que á tan tierna edad haya dominado las grandes dificultades del arte, y posea tan sobresalientes facultades.

Presentóse al fin de nuevo esta admirable artista eligiendo para su debut la deliciosa ópera nominada *Sonámbula*, obra maestra del inolvidable Bellini, pues si bien en *Norma* raya su genio á mayor altura, y en *Los puritanos* revela cualidades más notables, en cambio su *Sonámbula* ha derramado los aromas más puros de su metódico genio. Una fiesta de pueblo, un aldeano que se va á casar; una nube que se interpone á sus inocentes amores, causando un dolor inmenso á su sencillez corazón, y, por último, una reconciliación; hé aquí en breves palabras el tema modulado por el inspirado maestro.

Si Bellini debió quedar satisfecho cuando en 1831 se estrenó en Milan su bella partitura, ejecutada admirablemente por Mad. Pasta y Rubini, el rey de los tenores, no lo quedaria menos en la actualidad si hubiera tenido la fortuna de ver á su Amina, personificada en la señorita Patti, que también deberá llamarse algún día la reina de las triples, pues indudablemente esclamaría el malogrado compositor, que esta singular artista escudía casi á su bella creación. La pureza, flexibilidad y estension de su voz, la belleza, colección y galanura de su estilo de canto, su prodigiosa modulación y sencillez encantadora, todas estas y otras cualidades se revelaron claramente en las diversas piezas que cantó. Si se van recordando una por una las de los tres actos, diremos que todas son mejores y que es imposible oír cosa más deliciosa.

El martes se cantó por primera vez en esta tem-

porada la bellísima composición de Rossini *El barbero de Sevilla*, que indudablemente es una de las óperas más conocidas, y en la que varios artistas han alcanzado numerosos aplausos, debiendo mencionarse Ronconi en su papel de *Figaro*, Mario en el de conde de Almaviva, la Trevelli en el de Rossina, y otros que en estos momentos no recordamos.

Estrenada esta ópera en el año 1816 en Roma, tuvo en su primera representación un éxito poco satisfactorio; tanto, que su autor se retiró del teatro sumamente disgustado; más á la segunda, y cuando Rossini estaba ya en su cama, se vió su calle y casa inundadas de un gentío inmenso, que con hachas encendidas venia á victorear al augusto compositor que creyó al pronto que hasta á su propia casa venían á mortificarle sus enemigos, á quienes fundamentalmente atribuía su fracaso. Los intérpretes de su música, que fueron García, Zamboni y Boticelli, entraron á anunciarle que su obra se había alzado hasta las nubes con éxito extraordinario. Esta peripecia ocurrida á dicha composición, escitó la mayor atención, y en todas partes tuvo después el resultado que tanto merecía.

Examinando la ejecución de los artistas que en esta ocasión la han desempeñado, solo debemos hacer señalada y especial mención, en primer lugar, de la señorita Patti, que, como es de suponer, produjo en los espectadores el entusiasmo que siempre escita esta maravilla del canto, no escaseando por tanto los ramos, flores, aplausos, y otras muchas muestras de completo agrado. En el segundo acto, que es donde tiene su parte más importante, cantó admirablemente, y después en la lección de música del tercer acto dió nuevas pruebas de su rara y portentosa habilidad, correspondiéndole con galantería á los aplausos que el público la dispensaba, entonando la canción andaluza *El Calesero*, que dijo con singular gracia y expresión.

El Sr. Selva también estuvo muy acertado, y cantó magistralmente la parte de D. Basilio, especialmente el aire *La calumnia*, que le proporcionó nutridos aplausos.

El tenor Sr. Baragli, como luchaba con el recuerdo bastante reciente del Sr. Mario, á quien el público ha admirado tanto en esta ópera, no causó el efecto que debiera, por más que no deje de notarse en este artista buenas cualidades que escuden á su voz tenue y de poca extensión.

En conjunto la ópera no presentó la mejor eje-

cución, debido esto á que la empresa no cuida más que de salir adelante, encomendando el éxito de cada obra á un solo cantante. Si así no fuese, hubiera procurado que el Sr. Mario cantase con la señorita Patti, encargando la parte de *Figaro* al Sr. Aldighieri, y de este modo la sin par ópera buffa no habría dejado nada que desear.

Esto ya no tiene remedio por ahora; acaso en la próxima temporada lo encuentre, si es que el señor Bagier quiere poner su coliseo á la altura de su rival el de los Campos Eliseos.

En el del Príncipe se ha estrenado con éxito regular una bonita comedia de Narciso Serra, nominada *La oveja descarriada*. Simplicísima en la fábula, y desnuda de complicación en la trama, esta obra se recomienda por la espontaneidad y frescura del diálogo, por el buen diseño de los caracteres, y por el fin moral que encierra, muy digno de loor y aplauso. Los chistes resaltan á veces con demasiada transparencia; y bien haría el insigne Serra con no reincidir en este pecadillo, que es antiguo en él, máxime cuando no hay quién le aventaje en *vis* cómica. Defecto es este del cual desearíamos verle corregido, pues no hay razón que pueda justificar esta tendencia que imprime en todas sus obras, las cuales en el fondo son eminentemente morales. Por eso son más de lamentar las contradicciones que en ellas se advierten.

La oveja descarriada es una comedia que entraña una excelente filosofía, representada en la acción y no en el sermoneo monótono y pesado que emplean otros autores para llenar los vacíos que deja su ingenio al descubierto. El lenguaje que en ella se emplea es castizo, y la versificación, aunque desigual, resulta dulce y armoniosa en su mayor parte, razón por la cual se oye la obra con agrado y deleite desde el principio hasta el fin. Los actores se esmeran mucho en la interpretación, sobresaliendo entre todos Matilde Díez, que representa un papel delicioso.

No debemos pasar en silencio los buenos esfuerzos que hace la empresa del coliseo de Novedades, á cuyo frente se halla el apreciable actor Sr. Montañó, para complacer al público, que le favorece con su asistencia. Esta vez el coliseo de Novedades, parece haber entrado en vía mejor que la que hasta aquí ha seguido por su mala fortuna, y es deber nuestro rendir tributo de justicia á los trabajos que allí se han sometido al fallo inapelable del público. La comedia últimamente estrenada allí con el título de

Zapatero á tus zapatos, es original del Sr. Vargas Machuca y representa mas que nada un buen deseo del autor. La inesperienza que revela en el arte cómico nos hace presumir que su obra es la primera que ha producido su ingenio, y por lo mismo la recompensamos con nuestra indulgencia. Estudie y medite el señor Vargas, examine y analice bien á la sociedad y no escriba sino cuando la tenga bien conocida. El teatro es una gran prueba del talento: para llevarla á cabo es necesario pensar mucho, meditar mucho, y saber sentir con especial discrecion y delicadeza. El que escribe estas líneas no aspira á marchitar en gérmen la fe y las esperanzas de los que empiezan la carrera dramática: tiene, si, el deber de no alhagar á nadie con falsas lisonjas, que solo perjudica al incauto que las escucha. La critica es una buena madre y cuando se hace esclava del ídolo de la adulacion, es únicamente cuando se convierte en madrastra.

Poco espacio nos queda; pero aun así no debemos perder la ocasion de consagrar unas líneas al *Liceo Piquer*, cosa que hacemos siempre con vivo placer y con espontánea satisfaccion. Las dos últimas sesiones, serán siempre memorables en los fastos artísticos de aquel bellissimo templo (en miniatura) del arte drámatico. En ellas se representó la linda comedia de Coupgni, nominada *Mañana*, de la que sacaron notable partido las señoritas de Lombardia, y los señores Caltañazor y Rincon, demostrando los adelantos que cada dia van haciendo en el arte cómico. En la representacion de la conocida pieza *Pobres mujeres*, alcanzaron de nuevo otra ovacion. Leyeron bellísimas poesías la señora del Riego Pica y el Sr. Principe, y se dió por terminada la sesion, saliendo altamente complacida la concurrencia.

LEANDRO A. HERRERO.

UN ECO.

Á LA SEÑORITA DOÑA AQUILINA FERNANDEZ GRAJAL.

Purísimo cristal de luz teñido,
Trasparente vapor de la alborada,
Es niña celestial el alma tuya
Que por tu seno cándido resbala;
¿Qué importa la hermosura si el perfume
De la santa virtud no le acompaña?

¿Qué son las formas si la luz no existe?
¿Qué la flor más hermosa y matizada
Si en su cáliz bordado de colores
El áspid vive y el aroma falta?
En tu lecho infantil, naturaleza
Rindió sus dones y vertió sus galas,
La aurora dió á tu frente resplandores,
Las estrellas reflejan tu mirada,
La perla dió á tu tez brillo y matices,
Á tus mejillas el clavel su grana,
Prestó el coral la púrpura á tus lábios,
En tu rizo cabello se retrata
El ébano lustroso, y en tu talle
El tallo de la flor más delicada;
En vano retratar quiero un reflejo;
Es para mí la empresa temeraria;
Por eso aquí mi pluma hago pedazos,
Fijo en tí conmovido la mirada,
Y mudo y estasiado te contemplo,
Que hasta la voz para seguir me falta.

JOAQUIN TOMEO Y BENEDICTO.

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

Ya vamos despejando la incógnita, y por consiguiente sabiendo en breve á qué atenernos.

La incógnita que nos ocupa es la moda, sobrecojida con el frio y la nieve á las mismas barbas de la primavera.

La moda griega que empezó este invierno su resurreccion por los peinados y despues las vestas, ahora se nos anuncia para los bellos dias en los vestidos; pero está muy lejos de ser un hecho atendido el espesor del cielo, los truenos, el granizo y el céfiro helador que nos favorece.

El cuerpo á la griega gozará de gran favor para jóvenes solteras y casadas, asegurándose que aun para salir se llevarán los trajes escotados. Naturalmente esta forma trae consigo las guimpas en muselina y todo ese magnífico lujo en lencería tan favorable para la elegancia, pero para esto es necesario se modifique la temperatura y que el cielo se muestre más benigno, pues si bien es verdad se ostenta el sol, puede decirse es un verdadero sol de invierno.

Para las que no se resignen con esta moda, per-

manecerán los cuerpos lisos escotados y recubiertos de una vesta en encaje, en tul bordado de perlas ó en muselina bordada.

En cuanto á las confecciones, solo hay de positivo que serán muy cortas y que dominará el paletot pequeño.

La gran revolucion es la forma de los sombreros. Hemos anunciado como definitivo el fanchon de paja ó crin, bordado de perlas, y nos encontramos rivalizando con esta otra forma que no ha tenido el honor de agradarnos. Tiene dos nombres; capota ó imperio, demasiado lujo para tan triste fantasía que no es otra cosa sino el verdadero sombrero de las montañas de Auvernia; un ala redonda sumamente corta por las mejillas, enteramente huyendo hacia un pequeño bavolet que levanta un inmenso copete, suficiente para poder ocultar las nuca de cabellos más extravagantes. Entre el ala y el copete hay un hueco dicen que destinado á recibir un cúmulo de plumas ó flores que merecieran seguramente mejor suerte.

Aquí de Alfonso Karr, cuando dice: «no sabemos qué imaginar para que nuestras cabezas sean devoradas por la mirada de los hombres, solamente que esta vez nuestro prendido sería un arma inofensiva contra ellos y ofensiva hacia la belleza.»

Hasta el presente solo hemos visto modelos sin guarnecer de tan grotesca creacion y podemos hacer constar que todas las elegantes los miran con terror generalmente exclamando: «No, jamás, jamás nos pondremos semejante cosa.» Pero como la moda es un tiranuelo irresistible contra el cual no vale decir no quiero, no respondemos de su proscripcion y nada estrañaríamos el vernos prendidas tan carnavalescamente en el trascurso de dos ó tres meses.

A vuestra disposicion queridas elegantes se hallan, por conclusion, los dos siguientes modelos de trajes en tintas oscurecidas que podeis adoptar para los sermones y ceremonias de Cuaresma.

Son la elegancia, con cierta mezcla de sencillez que atenúa el efecto y sustrae todo el distintivo mundano.

Desde luego uno de raso, pensamiento, con el bajo guarnecido de una tira en terciopelo negro de dos centímetros que remonta en medio del delantero estrechándose hasta la cintura igualmente en terciopelo, todo él bordado en perlas de acero. La tira se halla coronada todo al rededor por una elegante pasamanería. Cuerpo alto y mangas justas. Casaca en

tela igual guarnecida de terciopelo y pasamanería.

El sombrero fanchon es un cuadrado de felpilla negra y pensamiento sembrado de perlitas de acero, y en el fondo una catalana de plumas pensamiento con vardascas de acero.

El segundo es en moiré marron adornado en el bajo con tres tiras de terciopelo negro, cada una franjeada con cascabeles de abalorio. Cuerpo alto, sobre el cual forma fichú cuadrado la misma disposicion; cinturón en el mismo género con tres grandes cabos echarpe, mangas de codo. Sobre este traje una cachemira de la India, larga, y por complemento, un sombrero de tafetan blanco recubierto con una cuadrícula de perlas de abalorio. Una cola de flores en terciopelo, parte desde el borde del ala y viene á anudarse por detrás con una barba de encaje.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

TRAJES DE BAILE.

Primera figura. Vestido de raso blanco, cubierto por una túnica de tul, cortada como un manto de corte. Esta túnica está sembrada de pétalos de rosas y rodeada de un cordón de plumas de pavo real. El delantero de la falda de raso está cubierto de un bullonado de tul, sobre el cual se entrelazan cruzados de perlas con lazos y plumas de pavo real. Cuerpo escotado, draperia de tul, medio cubierta por una banda de plumas figurando abanico. Perlas y plumas en los cabellos. Collar, pulseras y pendientes de perlas.

Segunda figura. Vestido de gasa azul con dos faldas. La primera rodeada de un bullonado, sobre el cual va un cordón de flores, la segunda en forma de túnica, rodeada de flores, se une al cuerpo figurando en la espalda unos pliegues bien cosidos al talle. Rodea el escote un cordón de flores. En los cabellos perlas y flores.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redaccion, ENRIQUE DOMENECH.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.

Calle de Preciados, 74, bajo.



LA VIOLETA

Redaccion y Administracion

Concepcion Geronima Nº 13 Pral Derecha

Ayuntamiento de Madrid

